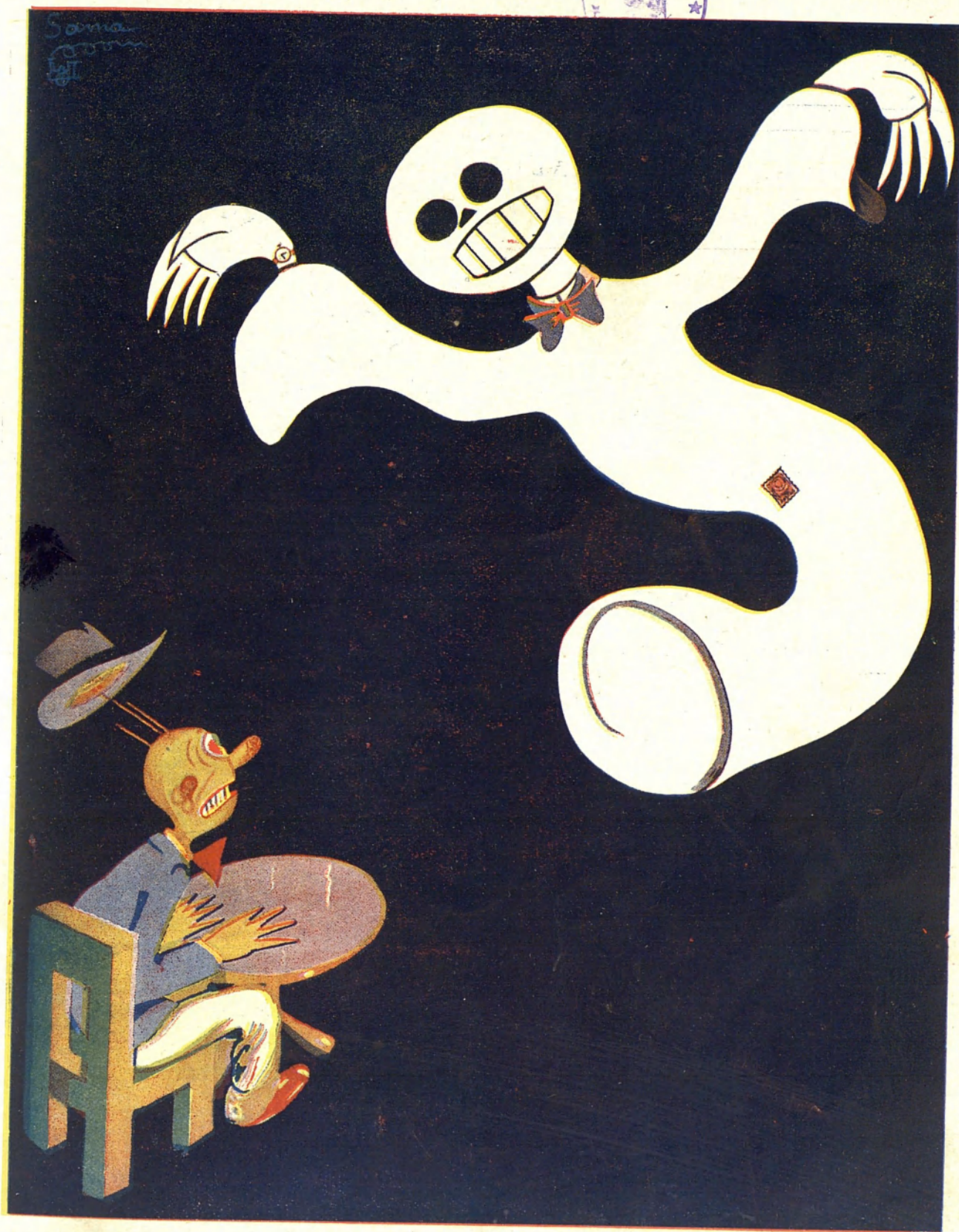


BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



El espectro del padre de un camarero.—Tío idiota, ¿pero usted cree que llamándole esas cosas le va a servir antes mi hijo?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA. Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

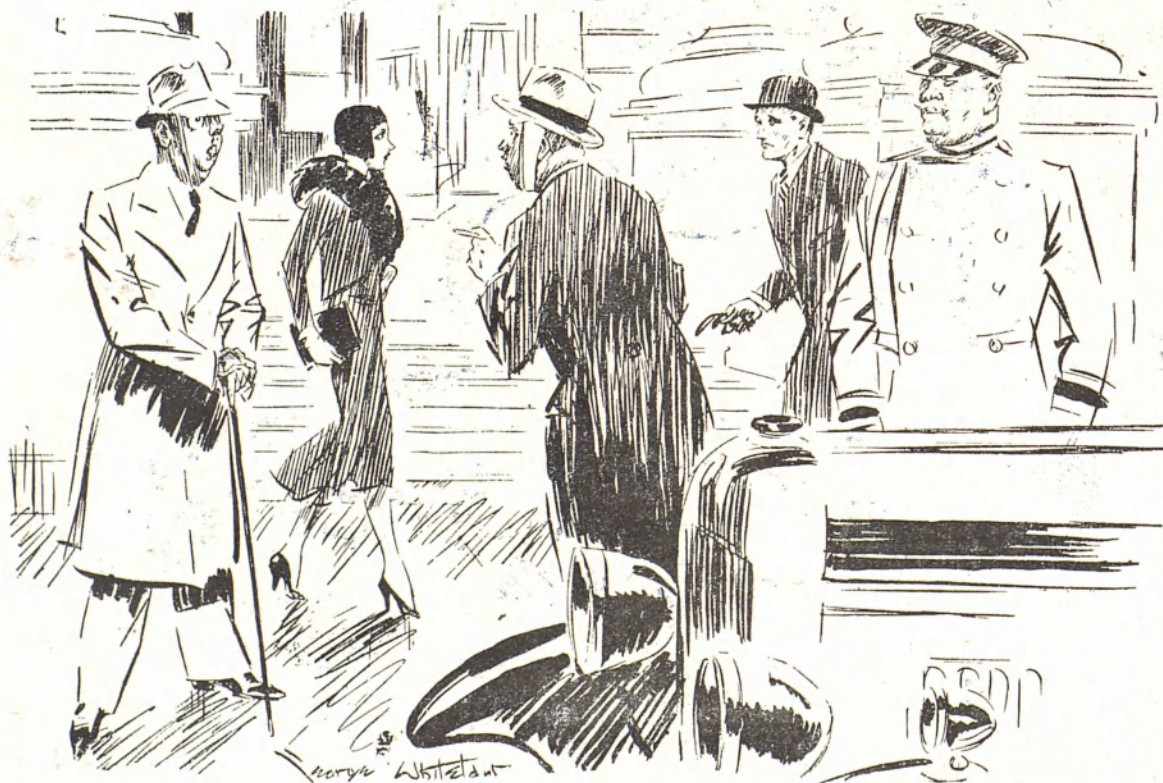
ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

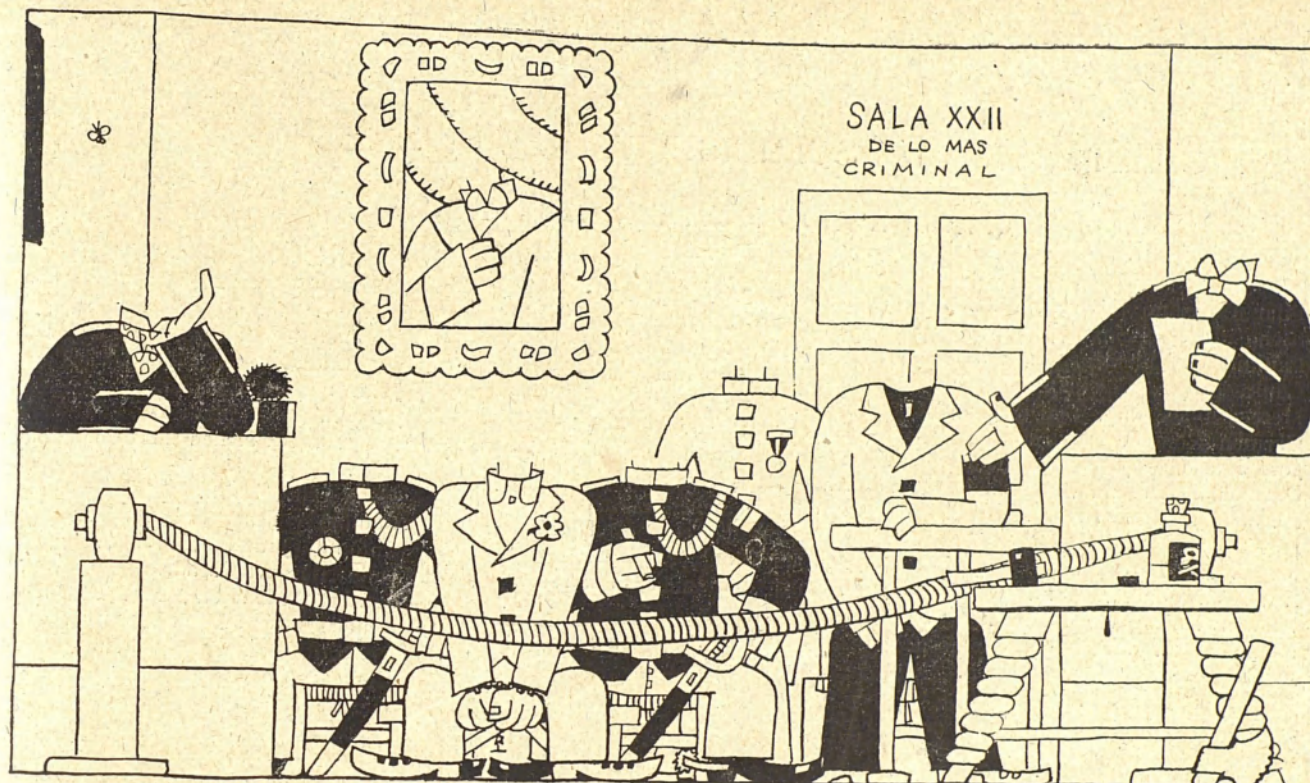
REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



—¿Qué te ha ocurrido en la cara?
—He tenido una pequeña discusión con un individuo acerca de la circulación.
¿Por qué no has llamado a un «policeman»?
—Porque el individuo era precisamente el «policeman».

(De The Passing Show.)



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO Y SEPTIEMBRE

No hará falta decirles a ustedes, porque su natural perspicacia lo hará innecesario, que en el de este mes se trata de un juicio a puerta cerrada, cosa verdaderamente impropia de la estación. Pero nuestros dibujantes son así: arbitrarios e incongruentes.

El Jurado, que somos nosotros, no sé ve por qué está a la parte «de acá» de la maroma. Pero en cambio se ve al procesado, al fiscal y al defensor, a la pareja, a un testigo y a un ujier condecorado. También se ven sobre una mesa las piezas de convicción, y, en la pared, el retrato de un presidente de sala de Salamanca.

El juicio que se está celebrando es tan enrevesado y peliagudo, que no tiene nada de particular que todos los

que en él toman parte hayan perdido la cabezota, por lo cual acudimos a ustedes para ver si entre todos conseguimos restituir a cada uno la suya, tomándola de las que figuran más abajo, que hemos adquirido en un saldo.

Las costas de este juicio sensacional serán, como de costumbre,

CIEN PESETAZAS

que sacudirá nuestro probo administrador al ilustre jurisconsulto que dé con la solución exacta o al que le toque, por sorteo y sin trampa ni

cartón, si los solucionistas exactos son varios.

Conviene advertir a nuestros amados concursantes que nuestra prolongada experiencia nos ha demostrado alguna vez que no todos los señores que administran justicia tiene cara de juez. Otrosí, que todos los acusadores no tienen facies tremebundas ni todos los testigos cara de hombre bueno. Y que también hay defensores con rostro avinagrado y ujieras con cara de guardia.

Y nada más. Paciencia, tijera, goma arábica (o sencillamente mahometana), y a no perder el juicio.

Y si lo pierden, quítense el birrete, despójense de la toga y abandonen el estrado. O, mejor dicho, hagan mutis por el Foro.

NUESTROS CONCURSOS

CUARTA LISTA DE SOLUCIONISTAS AL DEL MES DE JULIO

(PROLONGADO HASTA EL 15 DE AGOSTO)

Pilar Couceño (*Coreci*), Madrid.
Elena Martín Peinado
Paulino C. Jiménez, Madrid.
Laura Llopis, Valencia.
Mercedes Peirona, San Sebastián.
Carmen Romeu, Barcelona.
José María Baquero, Valencia.
Carmen de Orellana, Barcelona.
Alfredo Relañó (tres soluciones), Madrid.

M. E. A., Barcelona.
Angeles Moliné, Madrid.
Ramón Rodríguez, Madrid.
Francisco B. Lanchares, Reinosa.
Amalia Bustamante, Reinosa.
Julia Gante, Bilbao.
Manolita González, Alicante.
Manuel Vázquez, Huelva.
Manuel Mantoro, La Coruña.
León Cembrano, Madrid.
Rosario Roldán, Madrid.
Concepción Pastor, Teruel.
Pilar Sanz, Tudela.
María Ruiz, Madrid.
Hartasio Esteban, Tetuán.
Manuel Vázquez, Huelva.
Carmina Alfaro, Salinas (Oviedo).
José Sánchez, Madrid.
Rodrigo Cabeza, Málaga.
Angela de La Fastra, Alicante.
Anita Sánchez, Madrid.
José Luis G. Acebo, Villalba.
Ladislao Cañedo, Casa Grande Zaraus.



—Caramba; parece que me repite el ataque de gota.

(De *Candide*.)

Ramón Eloy, Sitges.
Juan Martínez, Lorca.
Esperanza González, Zaragoza.
Paquita Figueroa, Valencia.
Pilar Pérez, Madrid.
Luis Totajaola, Madrid.
Pazuca de Santiago, Madrid.
Alice May, Escorial.
Lucille Planche, Escorial.
Salvador García, Madrid.
A. Ponteciano, Madrid.
Arturo Fernández, Villaester.



El artista: —Me parece que tendré que destruir este cuadro.

La esposa: —No digas. ¿Y por qué?

El artista: —Porque el lechero adivino lo que era.

Ramón García, Madrid.
Elisa Espinosa, Madrid.
José Soria, Madrid.
Amparo Rubio, Madrid.
Carmen Basaldo, Madrid.
Antonio Campo, Sevilla.
Saturnino Recuero, Madrid.
Luisita de Santiago, Madrid.
Isabel Pascual, Madrid.
María Martínez, Alicante.
Javier Ochoa, San Sebastián.
Pilar Martínez, Palencia.
Julia Gutiérrez, Ceuta.
Alberto Apraiz, Bilbao.
Florentino Gómez, Madrid.
C. Limonier, San Sebastián.
Francisco Rivera, Madrid.
Matilde Satano, Madrid.
Josefa Heredias, Cartagena.
Jesús Gracia, Madrid.

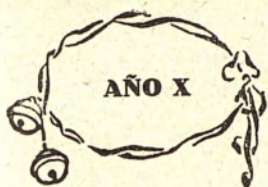
Jerónimo Martínez, Lorca.
Felipe Fernández, Madrid.
Carmelo Cuadrillero, Valladolid.
Cristino Martínez, Madrid.
Juan Duchel, Madrid.
Joaquín Sanz, Madrid.
María del Carmen Manzano, San Rafael.

Jesús Lillo, Mora.
Paulino y Mary Sol, Madrid.
Antonio Quintana, Melilla.
Julia Alesanco, Madrid.
Santiago Mendieta, Madrid.
Genaro Pérez, Madrid.
Rosario Roldán, Madrid.
Mercedes Jordán, Barcelona.
Vicente Herrero, Valencia.
Pilarín Carbonell, Valencia.
Bernardino Sibera, Valencia.
Carmen del Castellví, Barcelona.
L. Esquerdo, Barcelona.
Elena Pesquera, Madrid.
José Martín, Logroño.
Emilio Larrodera, Zaragoza.
Raimundo Lazcano, Zaragoza.
Luis Abós, Zaragoza.
Ignacio Pérez, Barcelona.
Eduvigis Fernández, Sevilla.
Concepción Pastor, Teruel.
Angel Enriquez, Huelva.
Alonso Romero, Sevilla.
Enrique Viña, Valencia.
Luis Perruea, Madrid.



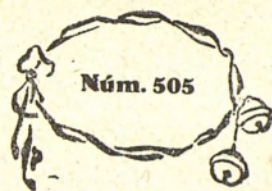
—¿Y has tomado eso por un Rembrandt? ¡Si apenas tendrá cincuenta años ese cuadro!

—La antigüedad me importa poco, con tal que sea un Rembrandt auténtico.



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO
Madrid, 6 de septiembre de 1931



PARA LOS LECTORES FILOSOFOS

MEDITACIONES PROFUNDAS DICTADAS POR LA
TRISTE EXPERIENCIA DE LA VIDA

La Humanidad no es nunca completamente feliz. Siempre hay individuos que, en determinados momentos, no pueden gozar de ciertas venturas que otros tienen al alcance de la mano. Por ejemplo: ¿no es deplorable que los habitantes de Siberia estén privados del deleite de tomarse un chico de horchata de vez en cuando?

Los ciudadanos que, próximos a fallecer de un cáncer, piden un sacerdote para confesarse en sus postreros instantes, verifican una horrible paradoja.

¿No hemos quedado conformes en que con un cáncer no hay cura posible?

Con la misma razón que la fatalidad nos obliga a hacer cola para sacar los billetes para el «fútbol», puede llegar un día que nos obligue a hacer engrudo para entrar a visitar las Caballerizas de Palació.

Cuando un hombre quiere librarse de la agresión de otro «gachón», sabemos todos que lo que tiene que hacer es ponerse en guardia.

Pero hay veces en que, si hiciera eso, haría un disparate fenomenal.

Me refiero a esas veces en que el que trata de agredir es un guardia de asalto.

Porque entonces sería estúpido ponerse en guardia.

¡Lo que hay que hacer es quitarse de guardia lo más precipitadamente que se pueda, porque, si no, es la caraba lo que sobreviene en el acto!

Hay sujetos hipócritas que presumen de moral y que se atreven a sostener que una mujer que fuma no es capaz de amar a un hombre con el amor honesto que el catolicismo ordena.

Están infamemente equivocados.. La mujer que fuma es precisamen-

te la más indicada para que su amor sea puro.

¡O no hay lógica en España!

Hay frases que tienen solemnidad dichas en ciertos momentos, y que resultan de una insignificancia pedestre, dichas en otras ocasiones.

Aunque las diga la misma persona, que es lo más extraño.

Por ejemplo, si Besteiro dice en el Congreso a un diputado:

—¡Le ruego compostura!...

... no es lo mismo que si se lo dice en una zapatería a un oficial.

En el primer caso, es una frase solemne.

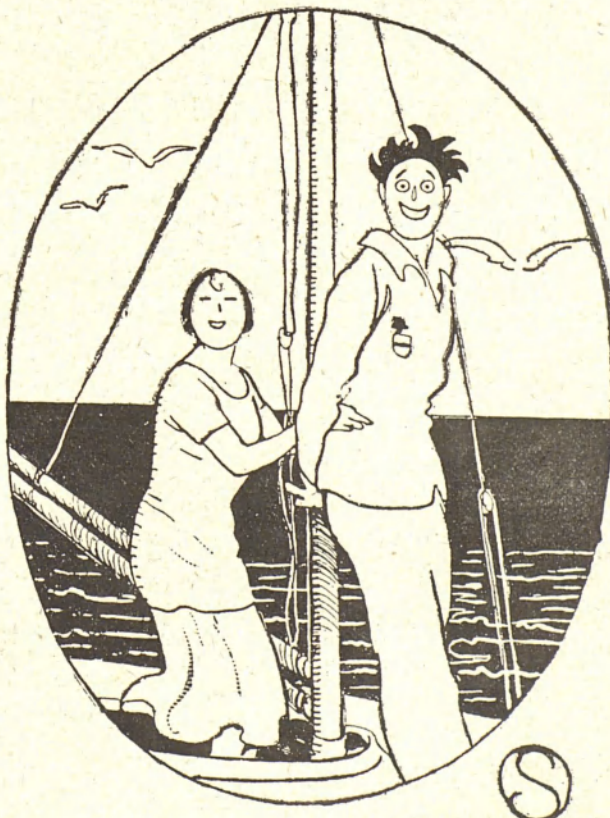
En el segundo, no son más que unas medias suelas categóricas.

El hombre, por sabio que sea, no debe tener la espantosa soberbia de creer que únicamente él está en posesión de la verdad.

Recordemos al filósofo griego que sostenía que él había descubierto que el único bicho que tenía rabo y podía permanecer sobre el fuego, era el dragón.

Y luego, andando el tiempo, resultó que, sin presumir tanto, vino la sartén a hacer lo mismo.

Porque a ver si el filósofo podría hoy negar que la sartén tiene rabo y que se la pone al fuego y se queda tan tranquila.



Dib. SILENO, Lourido.

La misión de los paraguas no es la que a primera vista parece, ni los que los venden saben que es mucho más refinado y elegante el fin que realizan esos artefactos que el que se supone que deben realizar.

Porque la verdadera misión del paraguas es hacer que le llueva a uno agua filtrada.

Es bastante para agradecerse, pero de ahí no pasan.

* * *

Cuando me dijeron que una mecanógrafa de Buenos Aires se iba a casar con el dueño de una tahona de

Chamberí, no pude evitar este pensamiento satisfactorio:

—¡Esa sí que es la verdadera unión pan-americana!...

El que me diga que esto es una tontería, es un infame.

* * *

Nunca creí que mi criada pudiese resolver un problema más morrocotudamente imposible que el de la cuadratura del círculo.

Y, sin embargo, lo ha resuelto ayer, tomando el tranvía de las Ventas, en compañía de un monstruoso capacho, para realizar en ese popular subur-

bio madrileño las adquisiciones de comestibles correspondientes al día de la fecha.

Es decir, hablando con definitiva diafanidad: que mi criada hace las compras en las Ventas y todavía no se ha estremecido ningún sabio matemático ante ese suceso tan descomunal.

* * *

Hace falta mucho más valor para insultar a Uzquidun que para defender la separación de la Iglesia y el Estado.

Porque la consecuencia, en el primer caso, es un cardenal seguro; y en el segundo, el cardenal no es más que Segura.

Yo, por lo menos, lo prefiero.

* * *

No creo en los supersticiosos. Y mi escepticismo se basa en algunas observaciones que me han convencido de que, muchas veces, se toma la superstición como pretexto para ahorrarse gastos y no cumplir con la gente.

Sirva como demostración de esto el caso frecuente de que, cuando se sientan a comer a una mesa trece personas, el socio que convida se ponga supersticiosamente pálido y procure que los que coman sean doce nada más.

¡Pero nunca ha sucedido que se solucione el caso comiendo catorce!

¿Lo ven ustedes claro ahora?

* * *

En las escenas a que da lugar el adulterio, es muy corriente que un marido, ignorante de su tremebunda desgracia, regrese a su domicilio porque se le ha olvidado el bastón o la petaca y se encuentre a su señora en coloquio villano con un prójimo inesperado.

Y entonces se dice que el esposo ha sorprendido a los adúlteros.

Pero se dice mal.

El sorprendido ha sido el esposo.

Pregúntenselo ustedes a él y verán cómo les dice que sí.

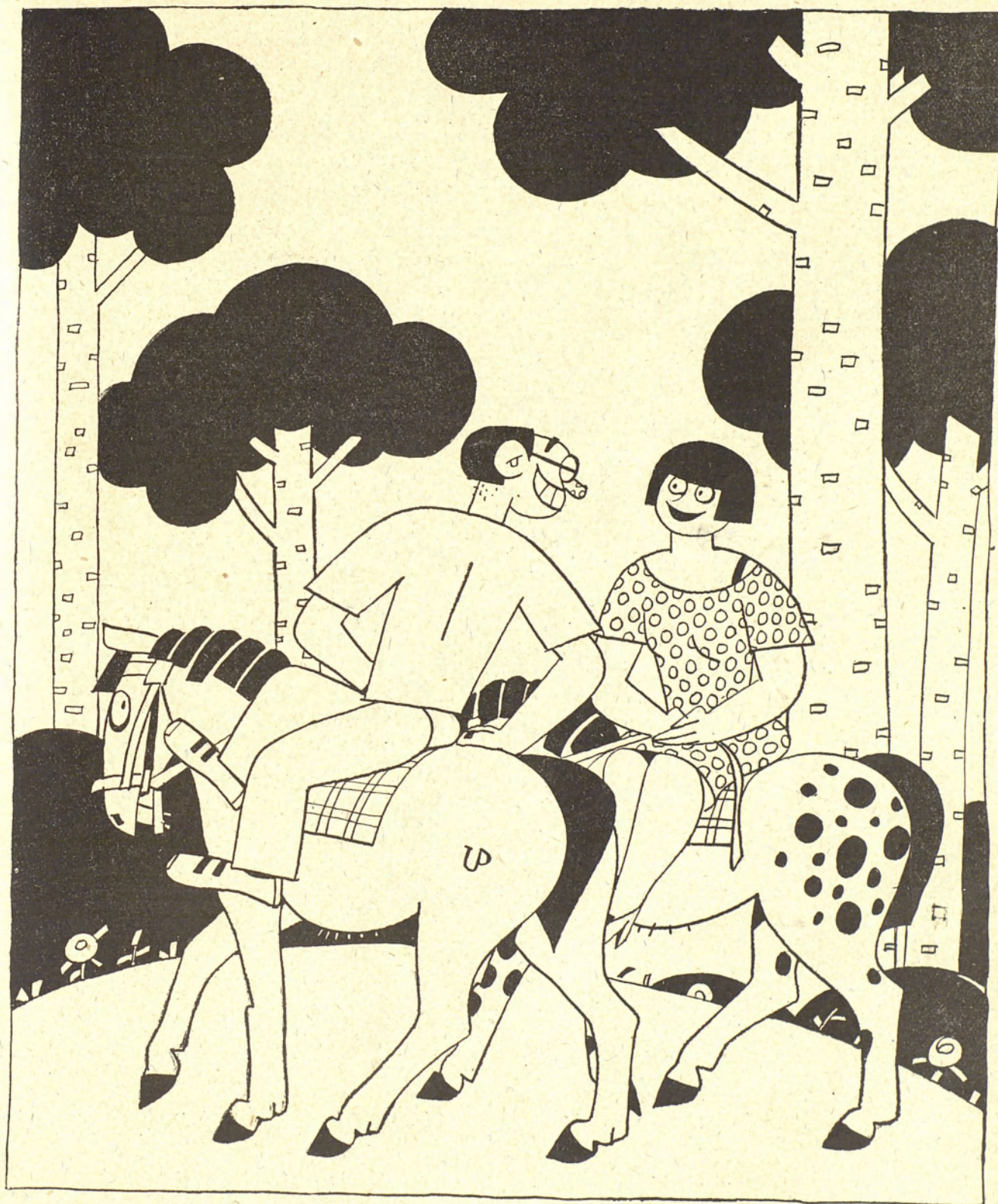
ERNESTO POLO.



—¿No sabéis que mi hermano se va a casar con una chica italiana de Roma?

—Pues si se casa con una romana, es seguro que le pesará.

Dib. SERNY. Madrid.



—¿Tú conoces al tío «Cabeza al hombro»? Pues se ha hecho rico alquilando caballos a los excursionistas.
 —No me choca, porque este es un negocio muy bien montado.

Dib, GARRIDO, Miraflores.

EL BONACHON

DIALOGO ENTRE ÉL Y UN AMIGO SUYO

—¿Es usted así?
 —¡Ya lo creo!
 —Pero ¿es su genio tan corto?...
 —Voy a ver si en breves frases y prescindiendo de exordios mi carácter le describo para que se quede absorto: Es tal el afán que tengo de ser agradable a todos, que es para mí la existencia terrible martirologio. Si alguien me pide dinero, estoy en dárselo pronto, rogándole me dispense por si le parece poco. Si trata de devolvérmelo dulcemente le respondo: «Cuando puedas buenamente, cuando te sea más cómodo.» Y es natural, el amigo a quien favorezco pródigo, o no vuelve, o si es que vuelve

le da otro avance a mi bolso. Si estreno alguna comedia, y reparto, generoso, entre mis conocimientos localidades que compro, les suplico que no aplaudan por si les resulta incómodo. Y excuso decirle a usted que me obedecen gustosos y no aplauden, o si acaso, me patean a su antojo. Lo cual no es óbice a que les pida perdón a todos, como si el hacerlo mal hubiera sido a propósito. Un ministro, partidario de economías y ahorros, me dejó cesante, y yo le escribí respetuoso: «No se aflija su excelencia si ya desde hoy no como; lo primero es su salud, que estimo como a mí propio.»



—Es un hombre que te conviene por todos los conceptos: bien plantado, no mal parecido y buena posición...

—No hay que dejarse engañar por las apariencias; es un muchacho muy inferior a mi talla.

Dib. CARMELO. Madrid.

Un rata en cierta ocasión, en la plaza de los toros, me quitó un reloj de níquel estropeado y roñoso. Pues bien, alcancé al ratero, y con finísimos modos le dije: «Chico, dispensa que el reloj valga tan poco; ten la bondad de robarme mañana, que traeré otro.» Para demostrar, en fin, que siempre estoy anheloso de servir a todo el mundo, voy a referirle un colmo: Vi un anuncio en un diario, que en caracteres muy gordos decía: «El vino de Kôla es el verdadero tónico, pídale en cuantas boticas hay en Madrid y sus contornos.» Pues bien, en aquella tarde, sudando como un cachorro, recorrí cuantas farmacias tiene la Villa del Oso, pidiendo el vino que dicen ser el verdadero tónico. Si en la calle algún amigo me saluda afectuoso, digo al punto: «¿Me estará tomando el pelo este mozo?» Si al revés, noto que serio responde, ya me acongojo y no duermo aquella noche, preguntándome a mí propio si le habré faltado en algo sin intención ni propósito. Si estoy malo, y el doctor, acudiendo en mi socorro, me manda sacar la lengua, por el contrario, la escondo, no se incomode pensando que le hago burla y me mofa. ¿Qué más? Y con esto acabo. Para el día de mi óbito tengo escritas las esquelas, redactadas de este modo: «La familia del finado suplica a sus numerosos amigos, no se molesten siguiendo al carro mortuario, ni encomendando su alma con rezos ni con sollozos, que Dios en su excelsitud le dará el premio de todo.» Después de esto, ¿hay quien me gane a bondad?

—¡Ni por asomo!

—¿Y a desventurado?

—Menos.

—¿Y a cumplido y generoso?

—Menos aún; que no existe otro, como usted en el globo.

—Soy un santo. ¿No es verdad?

—¿Usted un santo?... Tampoco.

—¿Qué soy?

—Acerque el oído

y se lo diré bien pronto.

—¿A qué viene ese misterio?

—Es un secreto muy hondo...

En mi opinión es usted...

¡¡un solemnísimo tonto!!

TOMÁS LUCEÑO.

¡¡POR VIDA DEL DOMINGO!!!...

(DIALOGOS FESTIVOS)

—De merendar tengo afán
un bollo y un «tejeringo».
—No venden hoy eso, Juan.
—¿Ni solo un poco de pan?...
—No puede ser; es domingo.

—¿Te enganchaste en el herraje
del auto, dando un respingo?
—Sí; perdí el traje en el viaje.
—Pues que te zurzan el traje.
—No puede ser; es domingo.

—¡Qué día!... Emoción intensa
desde aquí en todos distingo...
—¿Peligra nuestra despensa?
Compra esta noche la Prensa.
—No puede ser; es domingo.

—Con estas barbas, yo infiero
que no hay ni un señoritingo.
—¿Y por qué no vas ligero
a que te afeite el barbero?
—No puede ser; es domingo.

—Convida a tus familiares
a ver el drama, hecho en gringo
por el autor de Tomares.
¿Habrá precios populares?...
—No puede ser; es domingo.

—¡Llama al doctor, por favor!
—No sé si estará de pingo...
—¡Ah! ¿No vendrá ese doctor
a mitigarme el dolor?
—No puede ser; es domingo.

—Dinero me exige Blanco.
No lo tengo, y me jeringo.
—¿Por qué no vences tu atranco
sacando perras del Banco?
—No puede ser; es domingo.

—La llave de mi granero
perdí. Los medios extingo
de abrir... ¡y me desespero!
—¿No llamas a un cerrajero?
—No puede ser; es domingo.

—Por complacer a mi Blasa
me urge ver a Pedromingo,
cazador de suerte escasa.
—¿Y piensas hallarle en casa?
—No puede ser; es domingo.

—Si es primo de Azaña Ocaña,
que en Instrucción pone el mingo,
pídele un mapa de España,
ya que el ministro es Azaña...
—No puede ser: es Domingo.

—En fin, ¡oh, sastre de altura!
también me descuajaringo
por mostrarte hoy mi frescura.
¿Quieres cobrar la factura?...
¡No puede ser; es domingo.

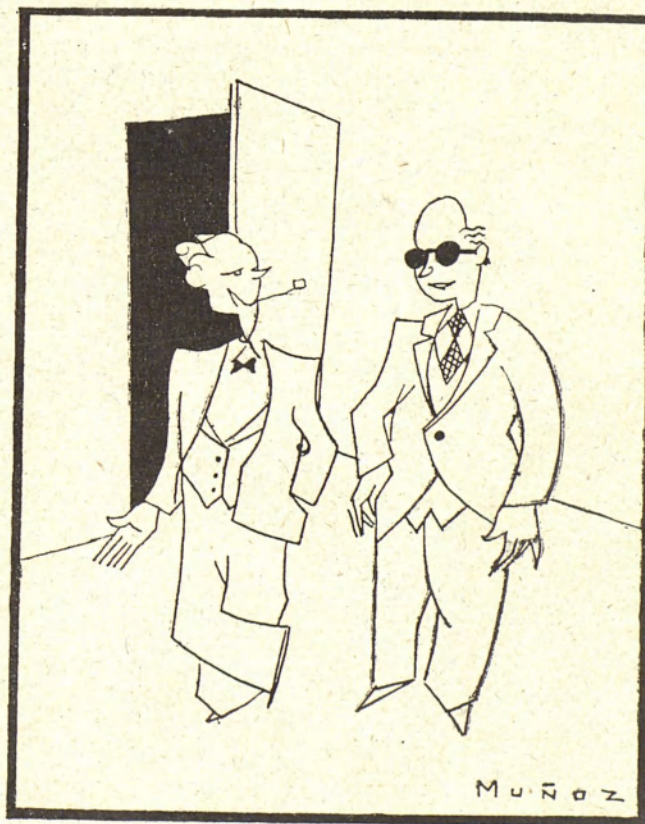
Y perdonad que así os hable
quien las *gracias* no desea
del domingo miserable.
¡Si en él la vida es amable,
que venga Dios y lo vea!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—¿A usted qué le irrita más, el té o el café?
—A mí, el Te... léfono.

Dib. MANOLO. Madrid.



—Yo soy un prodigio para los negocios. Fíjese: me
fui a América con un par de zapatillas rotas y volví
con un millón.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué hizo usted con tantas zapatillas?

Dib. MUÑOZ. Albacete.

LOS OJOS DE VERANO

Este es un tema que no se puede tomar a chacota.

Los ojos de verano tienen en sus círculos de inquietud de noche sin estrellas y sin farol, el germen de una revolución desopilante.

Por eso yo, que vengo vigilando su actuación desde que empezaron a pasearse por las calles, quiero prevenirme y preveniros.

Se ha tardado mucho en conseguirlos pero, al fin, el hombre tiene ojos de verano. Un mes de mayo de fuerte voltaje hicieron su aparición los primeros ojos de verano. Estos ojos presuntuosamente grandes (así convenía, ya lo veremos) que no son ante ojos como los garzos y circunstanciales de los automovilistas, en los que bien se advierte la rima forzada con el parabrisas, sino ojos verdaderos, ojos auténticos, con su blefaritis de trasnochador a prueba de colirios y azul de metileno.

A estos ojos (¡qué viva es la gente!) se les ha querido disfrazar de ingenuos dándole el arredondeamiento analfabeto de los ojos arrendatarios, y debido a esto fueron bien recibidos por la clase media española—tan propicia siempre a compartir el cocido—, que hasta quiso encontrar en ellos grandes virtudes. Principalmente las damas en saldo de encantos dijeron «que no era como los otros ojos—los de invierno—lúbricos y procaces, que se daban en el natural más puro al paso del deseo y se guiñan en ese tic rufián, estado de ofrecimientos concupiscentes.» Ellos, los ojos de verano, conservan siempre su lisura de lago sin patos. Y si intentaran alguna vez lanzarse sobre las mujeres, en



el acto recibirían un fuerte tirón —¡sólo!—de las riendas con que los conducen por la vida las orejas.

Esto de la bondad fué sólo al principio, cuando todavía no se había visto bien todo lo tenebroso, todo lo inquietante y todo lo traicionero que contienen estos ojos hechos de mina y egoísmo.

El enorme peligro que representan estos ojos fríos, rígidos, mudos, impenetrables, impunes, empezamos a palparlo ahora, al ver su lepórida multiplicación y cómo se esparcen y se introducen cautelosamente en el comercio, en la banca, en el amor... Los hombres que todavía siguen con sus ojos de invierno están vendidos. Mientras ellos se presentan en una honesta y clara desnudez de playa, los ojos de verano laboran en el fondo de sus agujeros el gran negocio de la traición, con el pasaporte sacado para Grecia.

Y así es como todos los días caen en el censo varias docenas de ojos de verano y cómo nos vamos acercando a la catástrofe.

Cuando todos nos hayamos ajustado los ojos de verano, la vida comenzará de nuevo.

Cada individuo será una interrogación. Y una isla. Nadie conocerá a

nadie. Caminaremos por la ciudad sueltos, solos, mudos, con la mano sobre la cartera y cediéndonos con prisa las aceras. El «¡adiós, Manolo!» y el «¡beso a usted la mano, don Emilio!», palomas de cordialidad hoy, no volverán nunca más.

Se producirá como un deshielo de confianzas y de dignidades. Y quedará instaurado un régimen cimentado en la desconfianza desvelada de las trincheras.

La mirada de la novia al novio, por la que hoy se puede llegar hasta la pagana visión del «dunch» en la sacristía, carecerá de largura y de afirmación.

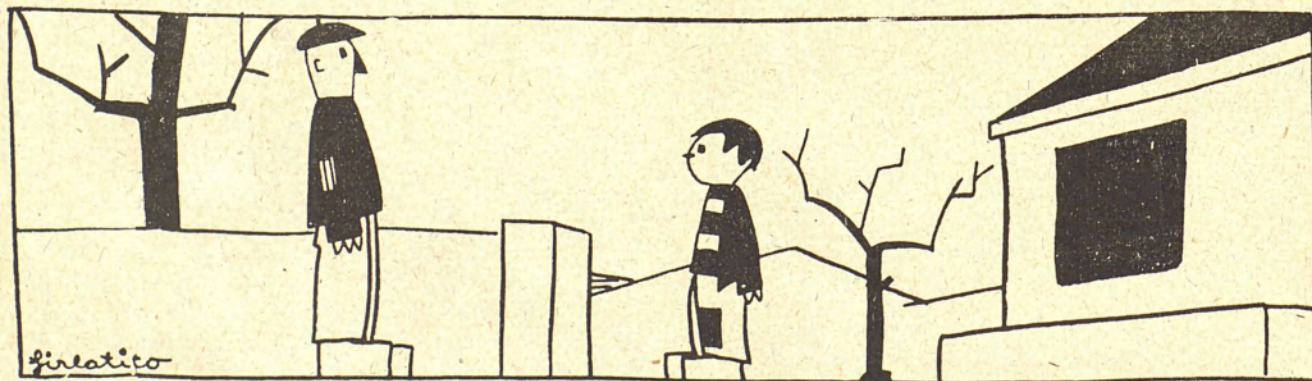
En los cafés, los camareros exigirán el depósito previo de la consumición. Y los corredores de fincas—entomólogos de la hipoteca—no llegarán jamás a concluir: «Bien, mañana otorgaremos la escritura.»

En los asientos de los tranvías, las dos filas de ojos de verano se vigilarán, se espiarán, se sonarán con angustia, mientras la mano derecha acaricia, en el bolsillo sur del pantalón, el pomo de la pistola, dispuesta a saltar sobre el vecino de enfrente al menor movimiento equívoco, al más leve gesto sin cédula.

Y la pobrecita Clara Bow—¡evitémoslo, hombre!—, la pobrecita Clara ya no podrá advertirnos, entre besos y besos y besos, ese «¡tengo el tres!» canallita y pingoncillo con el que le hemos ganado tantas batallas al aburrimiento del celuloide.

No se puede tomar a chacota esta cuestión, caballeros.

L. PIÉLTAIN.



—Pero ¿dónde está la tortuga que traje de Bilbao?
—Yo la ví hace quince días.
—¿Y dónde estaba?
—Estaba el tío partiendo leña encima de ella.

Dib. FILARTITO. Cáceres.

EL FAKIR

Comisionado por una poderosísima fábrica de gomas para los paraguas, había llegado a la inmensa metrópoli, a la maravillosa ciudad del rascacielo, sublime ensueño de todas las modernas cabecitas rubias y *agarsonadas*, único anhelo de muchedumbres corrompidas por la picadura del bacio del ultramodernismo; meta de la más refinada idealidad; ¡Nueva York!

¡Oh, cuando mis pies tocaron el muelle! Talmente parecía que aquellas inmensas moles, aquellas monumentales torres, diabólica creación de fantasmagórica ingeniería, iban a derrumbarse sobre mi pobre e insignificante ser.

Magnetizado por aquella novísima visión, no me di cuenta de que unas manos me arrebatában las maletas y que, bruscamente, iba arrastrado por una inmensa multitud, que, con increíble rapidez, desaparecía en los festartalados, pero raudos, vehículos —de esos que llevan la contabilidad— que en compacto grupo *punteaban* a todo lo largo del muelle... Me sentí sumido en los blandos *almohadones* de uno de aquellos aparatos rulantes, que, en seguida partió a velocidad vertiginosa en dirección desconocida para mí... Cuando logré salir de mi abstracción, di al chófer un golpecito en el hombro.

—Eh, amigo; ¿pero dónde va usted?

Algo me respondió, que no logré entender.

—¿Qué dice?

—¡...!

¡Mi madre! ¿Pero qué hablaba aquel hombre? ¿Qué absurda jerga empleaba? ¿Qué sarta de camelos pretendía embutirme?... Pero no... Comprendí que aquel hombre no se hacía entender porque no hablaba español.

Si yo llego a saber que en Nueva York no se habla nuestro idioma, a cualquier hora caigo por allí.

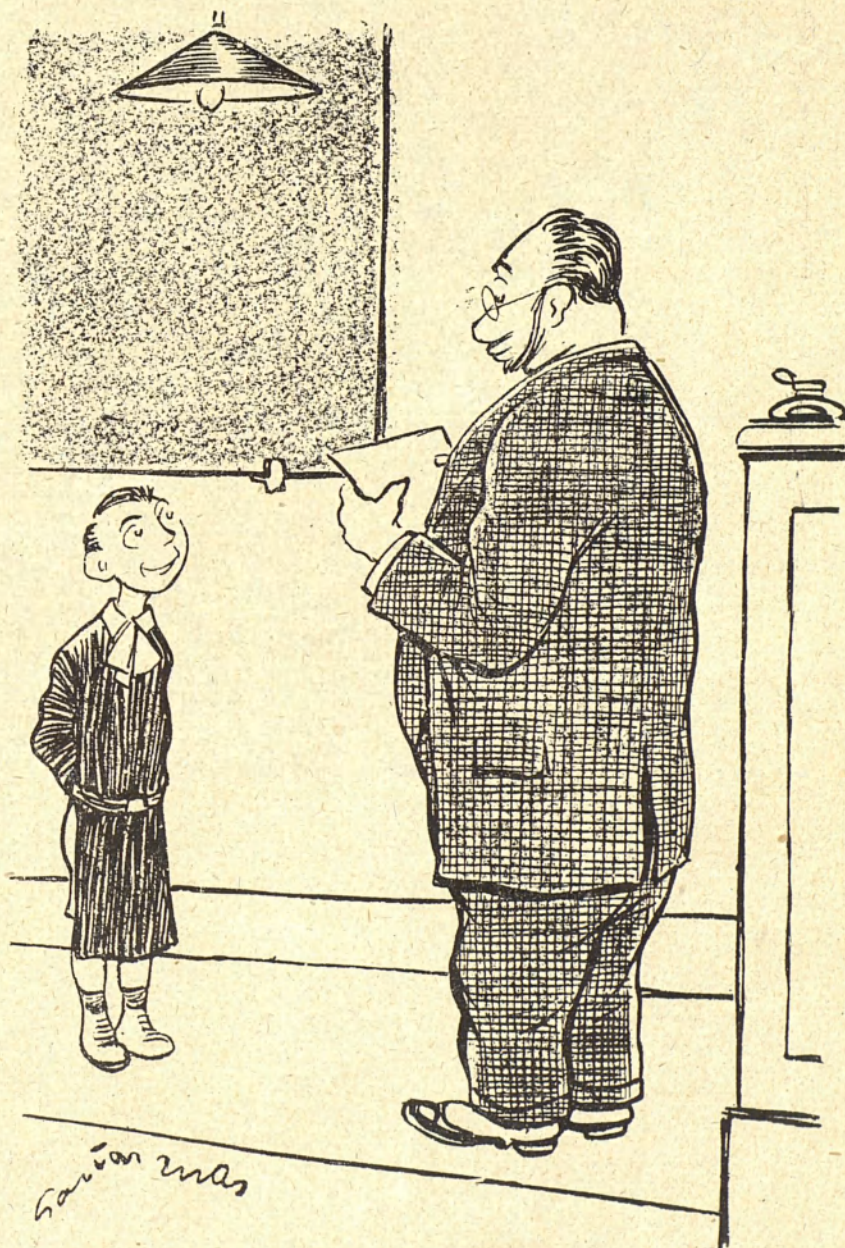
Med'a hora de ascensor... Piso 94... Aquí es.

He tomado posesión de mi alojamiento... Me he asomado a la ventanilla y he dado un grito de espanto... La altura es enorme... Una caída desde allí sería tres veces mortal...

Un aeroplano cruza veloz ante mí. El piloto me hace una mueca... Le digo adiós y me acuerdo de su padre.

Hoy he tenido que subir a mi ha-

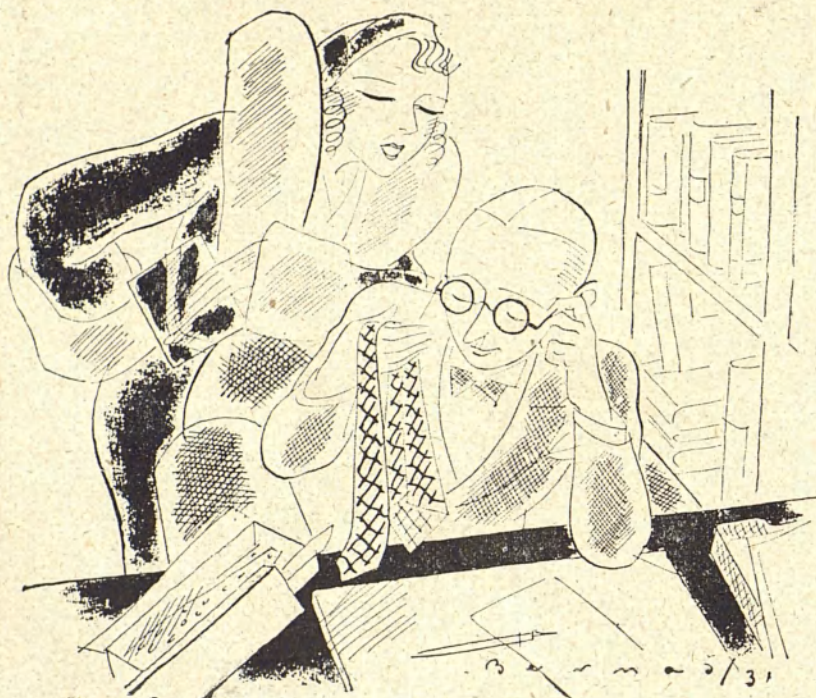
bitación sin utilizar los ascensores... Se han estropeado... Ya el día anterior noté en ellos cierta fatiga, que se manifestaba claramente, al tocar el piso 74... Uno se detuvo en el 73 y, ni frases de aliento, ni amistosos golpecitos, ni nada, lograron desde-



—Vamos a ver, señor Fernández: un ejemplo de acusativo.

—Juanito Rodríguez, que le cuenta a usted todo lo que hacemos fuera de clase,

Dib. GASTÓN MAS, Fontainebleau.



—¡Oh, qué bonita corbata! ¿Cómo corresponderé a tan lindo regalo?

—Hombre, eso no se pregunta desde que existen collares de perlas.

Dib. BERNAD, París.

rrrengarlo. Intentar seguir era inútil. El aparato tomaba impulso, pero en seguida, dada la inutilidad de sus esfuerzos, desistía anhelante y sudoroso. Compadecido me apeé y el pobre ascensor, saltándose los botones de alegría, descendió veloz.

Le oí con entrecortada voz:

—Gracias.

He empezado la ascensión a las doce de la tarde... Dan las cinco cuando, jadeante y sudando a chorros, me desplomo en el rellano que forma el piso 90.

A mi alrededor se ha formado un pequeño charco... Dado el desnivel del suelo, el charco se rompe y en pequeña espiral, se desliza un hilillo de segregante líquido... Llego al escálon... Cae la primera gota, en seguida, la segunda... Luego, como caprichosa cascada, el saltarín arroyuelo desaparece por el rellano inferior.

Frente a mí hay siete puertas, que, de seguro, corresponden a otras tantas moradas. Muchas, ostentan placas doradas... Una de ellas llama po-

derosamente mi atención. En caracteres bien visibles se lee la palabra «Fakir...» Me acerco... Algo más hay escrito, que, a pesar de mis esfuerzos, no logro entender... De ello deduzco que está en un idioma desconocido para mí. Pero ¿qué demonio de lengua hablarán en Nueva York?

Un hombre sube en aquel momento. Como yo, llega jadeante. Parece beodo.

—Hola—me dice—. Yo soy Cosme... ¿Tiene usted un cigarro?... Por la cara de primo, debe usted ser de Soría... ¿Qué diablos hace usted aquí?...

—Pero, ¿cómo?—exclamó con entusiasmo—. ¿Usted es español?

—De Guadalajara, nada más... Estoy aquí haciendo escuela.

—¿De qué?

—De hipnotismo, de magnetismo o de sugestionismo, que viene a ser lo mismo... Sí, aquí con el fakir... Lea usted... «Horas de consulta, de tres a seis», y debajo: «Se hipnotiza a precios de liquidación»... ¡Es una maravilla de hombre! Una vez cogió un león y lo hipnotizó; luego cogió un canario y lo hipnotizó también... Dió una palmada... El canario entró rugiendo en la jaula del león, mien-

tras éste, plando lastimeramente buscaba refugio en la jaula del canario.

—Bah, no lo creo.

—¿Que no? Pase usted.

Abrió con una llave que sacó del bolsillo y me hizo entrar.

Imponente, apareció el fakir.

—¿Kukirindy Kilinday?—preguntó a mi amigo.

—Lerendy lerendy—respondió éste.

El oriental se volvió hacia un gran espejo de biselada luna, ante el cual comenzó a hacer visajes.

—¿Qué hace?—pregunté a mi nuevo amigo.

—Gimnasia cerebral... Le he dicho que tú no creías en su ciencia... Ahora se está hipnotizando para poder hablar español.

Efectivamente, a los pocos instantes, el fakir, dirigiéndose a mí, en correcto castellano, me habló:

—Es cierto que no crees en mi magia?

—Hombre, no es que no creo; es que lo dudo.

—Ah, pues ahora vas a ver... Ven, Cosme... Voy a mandarte algo, que no harías en estado de vigilia, aunque te ofrecieran las riquezas de la tierra...

Inmediatamente le cogió la cabeza con ambas manos y, con ojos desorbitados, le miré breves instantes.

—Ya, ya está... Mira... Acércate... Ya duerme...

Sonrei incrédulo.

—¿Te ríes?... Maravillate... ¡Anda, Cosme!

No pude evitarlo... Rápidamente retrocedió Cosme y, tomando impulso, corrió a la ventana. En limpio salto desapareció por ella.

Grité, horrorizado:

—¡Eh! ¿Qué ha hecho?... ¡Asesino! ¡Infame! ¡Pobre Cosme!

—Le mandé que se arrojara por esa ventana—contestó con admirable sangre fría aquel extraordinario ser.

Loco de dolor, corrí hacia la ventana... Con ansiedad miré a la calle... ¡Pero cómo! Ni grupo de gente, ni charcos de sangre, ni cuerpo roto... Solamente en la otra acera, empujando por la distancia, un hombre agitando un pañuelo. Sí, sí; ¡oh espanto! ¡Aquél hombre era Cosme!

Tras mí, oí al fakir sentenciosamente y con orgullo:

—Le mandé que no se hiciera daño al caer.

JOSÉ ESTREMERÁ.



—No está bien, querida Loló, hablar así de nuestros enemigos.
—¿Cómo? ¡Pero sí es mi mejor amiga!

Dib. TAULER, Madrid

UNA AVENTURA DE AMOR

I

Una aventura de amor, sí; una aventura de amor nacida en la sesión de anuncios por palabras de un diario cualquiera.

Decía así el anuncio:

«Señorita distinguida cambiaría correspondencia con caballero, a ser posible culto y moreno. Laura. Calle de la Nación. Continental.»

Decía así el anuncio y así estuvo diciendo por espacio de una semana, con insistencia angustiosa.

Al octavo día escribí:

«Señorita Laura: No soy culto, pero en cambio soy moreno. ¿Puedo servirla en algo? Me interesa conocer esas cartas que usted ofrece, così fueran un específico. A mí, que me cuesta gran trabajo escribir a la familia, me intriga el saber qué puede decirse por carta a una persona totalmente desconocida. De V. s. s., etcétera.»

Y al día siguiente, en un papel azul y perfumado, llegó a mí la respuesta:

«¡Tonto! A una persona desconocida se la dice: Quiero conocer a usted. Nada más. Y se la cita en el café «La Alianza», por ejemplo, para las cuatro de la tarde de mañana. ¿Verdad que es muy fácil? Pero no: a mí no me engaña usted; estoy segura de que es un picaón redomado que se las echa de ingenuo... He adivinado también que es usted, además de moreno, alto, guapo y muy simpático.»

Bueno, hasta mañana. Espéreme en la tercera mesa del primer turno de la izquierda conforme se entra. Laura.»

II

A las cuatro y cinco minutos, una viejecita vestida de negro, cubierta la cabeza con una manteleta y apoyada en un bastoncito, se aproximó a mi mesa.

—Buenas tardes—dijo.

Me alcé yo del asiento e hice una reverencia.

—Señora, acaso es que Laura no...

—Laura soy yo.

—¡Ah!

Sonreía placidamente la viejecita, que era como una ilustración de un cuento de Navidad. Detrás de los gruesos cristales de las gafas brillaban alegres e ingenuos unos ojos, presos en una red de arrugas.

Tomó asiento junto a mí, luego de dejar el bastón en una silla cercana.

—De modo que usted es Pepe.

—Sí, señora; aunque no lo parezca—dije estúpidamente,

—¡Vamos!—exclamó ella a guisa de comentario—. Pues yo soy Laura.

—Tanto gusto, señora.

—Señorita.

—¡Oh, perdón!

—No se preocupe.

Y añadió después:

—Bueno; ¡pues ya nos conocemos!

—Sí, claro—asentí yo—; ya nos conocemos.

—Y ha sido una verdadera casualidad.

—¿Ei qué?

—El que le yese usted el anuncio. Vengo poniéndolo desde hace cincuenta y cinco años, o sea, que el primero se insertó cuando yo apenas tenía veinte. ¡Cosas de chica! Y desde entonces la única carta que he recibido ha sido la suya.

Un golpe de tos la impidió continuar. Yo eché agua en un vaso y se lo ofrecí.

—No, gracias; ya ha pasado. Me ocurre muy frecuentemente.

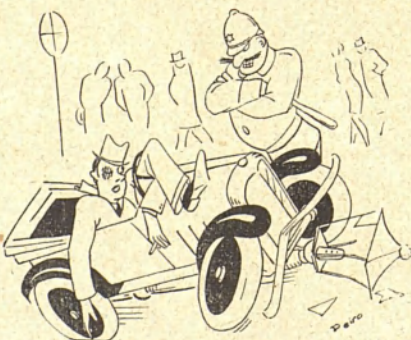
—Debe usted cuidarse—aconsejé por decir algo.

Y ella contestó:

—¿Pero es que cree usted que no me cuido? ¡Pues si no hago otra cosa! Me paso todo el santo día tomando medicinas que no me sirven para nada. Y es que va una siendo vieja. Aunque yo no represento los años que tengo... ¡Ejem! ¡Ejem!...

Extraje de su bolso de mano una cajita; de ésta, dos comprimidos que disolví en agua, y fué bebiendo sorbo a sorbo, con aire satisfecho, no sin antes preguntarme si yo deseaba beber también.

Desde una mesa lejana, un caballero nos observaba complacido, pintada en el rostro la grata impresión que le producía nuestra presencia.



El guardia.—¿Pero era la primera vez que guiaba?

El automovilista.—No..., no..., señor. La última.

Dib. PEIRÓ, Valencia.

—¡Ajá! Ya estoy perfectamente. Este medicamento regula el corazón y las funciones digestivas. Me va bien con él. ¡Ah, si encontrase algo parecido para el asma!

—¿Tiene usted asma?

—Casi tanta como diabetes.

—¡Todo sea por Dios!

—¡Bah! No hay que inquietarse demasiado por estas cosas. Si yo fuera aprensiva me habría muerto hace ya mucho tiempo. Hará tres años que tuve un ataque de reuma... ¡Pues, y cólicos nefríticos!

Se aproximó el camarero:

—¿Qué va a tomar la señora?

La viejecita reflexionó un instante.

—Tráigame una copa de coñac—pidió luego.

—No la hará a usted daño?

—aventuré yo.

—¡Un día es un día! Lo tengo prohibido, caro está, pero no importa.

Sonreía, sonreía siempre, con una sonrisita contagiosa. Desnudó sus manos delgadas y pálidas, que traía cubiertas con unos mitones negros. Y me miró.

—Es simpático este local, ¿no cree?

—Sí, mucho.

—Yo había soñado siempre con una cita de amor en él. Tiene un dulce recogimiento, una suave tranquilidad propicia a las confesiones amorosas.

Volvió el camarero; colocó sobre el mármol una copita y escanció en ella el coñac.

La viejecita extendió la mano derecha, tomó la copa, la alzó y, luego de una mirada, dijo:

—Por usted, Pepe; por haberle conocido.

Y bebió.

Fué todo tan rápido que apenas si pude darme cuenta de lo ocurrido. Recuerdo que inmediatamente se incorporó, los ojos desmesurados y las manos atezadas al pecho, y que dió un grito agudísimo para caer en seguida al suelo.

Acudieron las personas que había en el café; la sentaron en una silla, intentaron reanimarla... Inútil todo. ¡Había muerto!

El caballero que antes nos sonreía desde una mesa lejana se aproximó a mí para decirme con acento dolorido:

—¡Pobre señora! Era su abuelita, ¿no?

Pero yo tuve un noble gesto:

—No, señor—denegué—; ¡era mi novia y nos queríamos mucho!

JOSÉ SANTUGINI.

EL VERANEANTE SERRANO

En nuestros tiempos de candor y de inexperiencia ignorante hubimos de figurarnos que el veraneante serrano—es, a saber, el que veranea en la sierra—era un pobre desgraciado, casi mártir, víctima de los «ida-y-vuelta» constantes, de la llegada jadeante a la estación para coger el tren por los pelos, de las esperas innumerables en una u otra estación en los casos de retraso, de los encargos familiares y amistosos que le cargan de paquetes y de otra porción de cosas de ese orden...

Con la práctica hemos visto, sin embargo, que en esto, como en todo, lo que en el hombre primero es adversidad, resulta después fantasía. El veraneante serrano se ha creado un tecnicismo de vía estrecha y se ha salvado así del martirio de los viajes. Ahora, los viajes para él son, primero, aprendizaje; después, especialidad. El veraneante serrano se doctora en expediciones veraniegas, y es tanto el placer de poner cátedra ante los compañeros de vagón y entre los contertulios de Encinares, Tomillar, Pinos Bajos, Robledillo, Lagartijar y Los Chorros, pueblos donde veranean, que ya la satisfacción de dominar el asunto suple y compensa con creces las contrariedades del oficio.

Hay hombres que pudiendo presumir y pudiendo referir ante las gentes su superioridad en un asunto, dan por bien empleado—y muy a su gusto—las penalidades del siglo. No tienen más que ver al cazador, sin ir más lejos: la escopeta, la canana, un morral, un perro que va dándole tirones de la cadena, y ¡vengan, con todo ello, kilómetros de llano a pleno sol!... Todo ¿para qué? Para poder estarse luego horas y horas contando que si el perro, que si vió que una mata se movía, y se dijo él: «Ahí hay algo...»; que lo mismo fué ver la perdiz que echarse a la cara la escopeta, y así sucesivamente.

Pues al veraneante serrano le pasa algo parecido a lo que le sucede al cazador. En cuanto entra en el vagón comienza a demostrar al auditorio que domina al dedillo y *ce por be* todos los pormenores del tránsito.

Por lo pronto, hace gala ante las gentes, en cuanto que aparece en el vagón, de conocer a los asiduos:

—Hola, Gómez... Para volverse mañana a las seis y treinta, ¿no es eso?

Y todos los del vagón ven que, en efecto, es eso.

—Don Gaspar, ayer usted no vino en el tranvía.

Y los del vagón comprueban que, en efecto, don Gaspar, el día anterior, tuvo que irse en otro tren y no en el de todos los días...

En seguida viene aquello de:

—Casimiro, como siempre, ya verá, aparecerá a la menos uno.

Establecido con estos detalles el

prestigio entre los viajeros neófitos, pasa el veraneante de vía estrecha a entablar conversación con los que son ya sus adictos:

—¿Van para Segovia?

—No...; vamos «aquí orilla»: a Pozuelo.

—Ah, entonces llegan pronto: a los treinta y seis.

—¿Sí, verdad?... Tarda poco, ¿verdad usted?

Por lo general, los que preguntan saben ya perfectamente que van a tardar poco en llegar, pero preguntan, con todo, por ganas de congra-



—¡Qué mala suerte he tenido en la corrida de Trijueque! He tenido que venirme sin cobrar.

—¡Ojalá me hubiera pasao eso a mí en Villabrutos! Entoavía me duele la espalda de los palos que me arrearon.

Dib. CASERO. Madrid.

ciarse con el señor aquel que sabe tanto y que es tan comunicativo y sencillote.

Así va nuestro técnico tranquilizando a una mujer, o a una señora, o a unos norteamericanos—según viaje: sea tercera, segunda o primera—, con decirles que tienen tiempo de bajar el equipaje en el sitio a donde van, porque para «dos minutos y tres cuartos»; y así también es él quien advierte a unos pobres viajeros que aquel tren no va por Avila, y no es, por tanto, el de ellos.

Una vez en marcha ya el convoy, la sabiduría del técnico florece. Comienza por explicar los horarios; saca una tarjeta en donde están todos los trenes y comienza a dar informes a los catecúmenos.

—¿Dice usted que va a Tomillares? Pues tiene usted que bajarse en el apeadero del Palancar... También podría usted bajarse en Piedra Nueva, pero no tiene usted coche...

A continuación explica por menudo que unos trenes funcionan a diario y otros son alternos nada más, y otros, de días festivos... Y que los hay con tercera y sin tercera, y que unos paran aquí, pero no paran allí; que en éstos hay que tomar billete hasta Medina, si se quiere ir en ellos, y que otros no admiten viajeros para las estaciones del tránsito...

Lo explica de tal modo, con tanta erudición y tan al dedillo y de prisa, para demostrar su dominio en la materia, que todos los que oyen se embarallan; pero esto es lo de menos, porque la explicación de este hombre no pretende enseñar nada, sino hacer

ante el auditorio una demostración fulguradora de sabiduría ferroviaria; y esta demostración es preciosa, porque al hablar de los trenes los nombra en técnico puro: por sus números; en vez de decir «el corto», dice el 2.002; en vez de decir «el lechero», dice el 6.400; y como al correo de las cinco le llama el correo de Asturias, y al de las seis, el correo de Santander; y como dice «el ascendente», «el descendente», en vez de decir «el que vuelve a Madrid» o «el que sale de Madrid», resulta un lenguaje peculiar, como de poesía futurista:

—El descendente 1.011 de las diez y cincuenta y cuatro.

Si dijera simplemente: «El que sale de Madrid a las once menos cinco», diría una frase práctica; pero dicho del modo que lo dice, resulta un lenguaje de cábala, sólo digno de iniciados.

Durante el trayecto explica las variantes, accidentes, pormenores y curiosidades del camino:

—Aquella piedra..., mire..., allí se estrelló un automóvil el año 29.

—¿Molinero?... No; por aquí..., a la derecha...; pero nos faltan todavía seis minutos...

—Fíjese en Villalba... Hay una casa entre una y otra vía... La de la derecha, a Segovia; la otra, a Avila...

—...Ya vamos por el melonar...

—dice de pronto, y se ve que conoce el camino palmo a palmo.

Sabe, en efecto, cuándo vamos cuesta arriba y cuándo cuesta abajo y a qué velocidad; de ahí saca deducciones importantes:

—Llevamos dos minutos de retra-

so, pero hasta no terminar la cuesta de Las Zorreras no puede arrear el maquinista...

—Ayer bajamos a 60—dice uno que es también de la cofradía.

El técnico, sin embargo, no se deja pisar tan fácilmente:

—A 80 la bajamos el día de aquella parada en Mataporquera de Nieva... Tuvimos una parada de hora y media, y luego la quiso ganar... ¡Vaya un gas!... Hoy vamos a unos 30 kilómetros...

El técnico añade a los viajes un atractivo especial de carreras:

—A ver si llegamos a Villalba antes que el correo... Como tengamos que dar paso al expreso..., ¡nos vamos a fastidiar!...

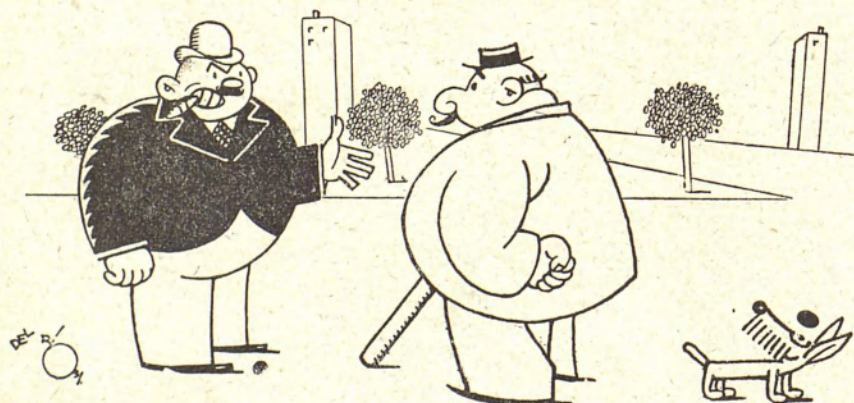
Y con sólo estas palabras parece que ya todos los viajeros se ponen a dar empujones al vagón para ver si se adelantan al expreso...

El veraneante serrano sabe cuáles son las luces de Madrid y de dónde son las luces que se ven por el camino... sabe los kilómetros que hay entre una estación y otra...; sabe todo...

Pero lo que más le enaltece a los ojos de los paletos, lo que acaba de redondear su prestigio es conocer y saludar al revisor como a amigo de confianza. Cuando viene el revisor, le llama por su nombre y le hace alguna alusión a detalles del servicio, empleando términos técnicos y recurriendo, por supuesto, a la nomenclatura numérica:

—Buenas, Gorostizaga: ¿qué tal? Creí que hoy vendría Gineza... Ahora les ponen a ustedes el visado abajo, ¿eh?... Ya he visto que ahí en Las Zorreras no trabajan... ¿Nos tendrán ustedes mucho en el nivel?... Hasta el viernes, Gorostizaga... Porque a usted le toca el viernes... Claro, ya, sí..., en el 424... Ah, en el 1.400... Sí, claro..., el descendente... Pues, lo dicho...

Y aquella gloria que rodea al veraneante serrano, admirado por todos los viajeros, le compensa de todos los paquetes que tiene que llevar un día y otro: el jersey de la señora, el barniz de las uñas de la niña, un atrapamoscas de alambre, un paraguas, dos ovillos de estambre, bismuto, zapatos de montaña para el niño, una inyección de difteria, una raqueta de tennis, un balón y hasta una patineta, en ocasiones...



—¿Y por qué no desea colocar dinero en el Banco? ¿Ha perdido usted en alguno de ellos?

—No, pero fui director de uno.

Dib. DEL RÍO. Barcelona.

MANUEL ABRIL.

DEL BUEN HUMOR AJENO

TURÓCZI

Por FRANCISCO MOLNAR

Cuando se hace un viaje y uno no es charlatán, sino que prefiere escuchar en silencio, al llegar a la quinta estación se ha visto ya que el tren se parece a un periódico. ¿Has atravesado ya, amable lector, un tren largo, desde el último vagón hasta el coche restaurante? En caso afirmativo, habrás observado que tiene un parecido a los distintos artículos de un periódico. En un departamento se habla de la guerra; en otro, de política; en el tercero, de economía; en el cuarto, de la política exterior; en el quinto, de sucesos, etc.

De este modo escuché esta instructiva historia, que fielmente reproduzco.

—Mira—dijo un señor a otro—no es la cosa como tú te la figuras. A las mujeres no se las puede clasificar estrictamente. Entre la mujer y el hombre la diferencia es casi la misma que entre el violín y el piano. El piano es un instrumento moderado, como el hombre. Después del *do* viene el *do mayor*. En el violín, entre el *do* y el *do mayor*, hasta nuestra mano tosca encuentra cuatro o cinco sonidos. Me ha ocurrido un caso que, si te lo cuento, comprenderás algo de lo que se llama relación entre la mujer y el hombre.

—Te escucho—dijo el otro.

—Ya sabes que antes de abrir mi bufete de abogado quise ser periodista. En mi juventud escribí poesías y sentía en mí «algo» que, según dice Mikszáth, generalmente no es talento, sino un gusano. En aquella época, los bohemios íbamos todas las tardes a un café; éramos como nos describen en los libros: cabellos largos y en desorden, sombrero de ala ancha, una corbata negra, los zapatos agujereados, el pantalón con rodilleras y los bolsillos de nuestra americana siempre llenos de libros y con el mismo traje durante todo un año.

En aquel café había una cajera: Emma. Era una mujer que había venido de una ciudad donde había guarnición, lo que en una cajera equivale a toda una biografía. Yo estaba enamorado de Emma.

Un señor, que no era pintor ni poeta, tenía costumbre de venir con nosotros. Estaba empleado en un

Banco y era opuesto a nosotros. No era alegre y se vestía con elegancia impecable. Bajo su sombrero, su pantalón, su corbata, sus zapatos charolados... Era un hombre distinguido y se llamaba Turóczi. Nunca olvidaré su nombre. Olía a piel de Rusia y se peinaba como los hijos de los ministros ingleses. En una palabra: no era del mismo género que nosotros y nos divertíamos mucho con él. Gozaba reputación de tener suerte con las mujeres, y eso le daba cierto interés a nuestros ojos. Con Emma hablábamos a menudo de él, y Emma, la dulce Emma, se burlaba de él con nosotros, y dulcemente, como dicen los escritores antiguos, se reía a través de sus labios rojos.

—Sois mis hijos—tenía costumbre de decir—; nunca hasta hoy me sentí tan a gusto como entre vosotros. ¡Adoro a los bohemios!

Le gustaba mucho divertirse conmigo; pero le agradaba más conversar con Emma, para admirar sus

ojos azules y claros. La hablaba dándose tono y seriamente. Le expresaba su opinión del tiempo, de la moda, etcétera. Cuando, al salir del café, nosotros gritábamos a Emma:

«¡Adiós, ángel! Que tenga usted buenas costumbres», el señor Turóczi se quitaba pulidamente su chistera y decía:

—¡A los pies de usted, señorita!

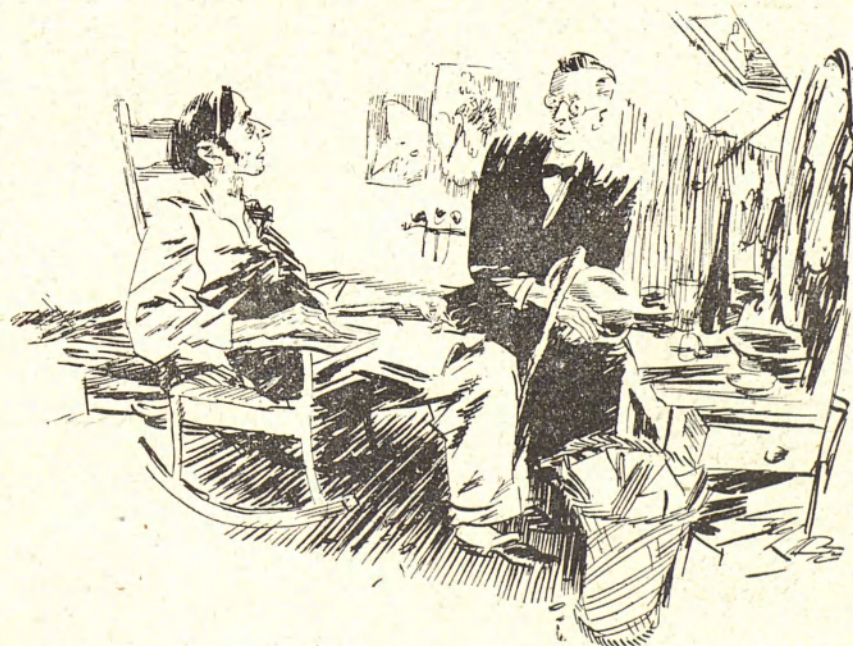
Por todo aquello nos burlábamos de él. Aquel burgués había producido un efecto cómico en los bohemios. Emma nos preguntaba:

—¿Por qué son ustedes amigos suyos?

Nos encogíamos de hombros, pero yo me sentía molesto con su presencia. Molestaba mis rodeos amorosos en torno a Emma.

—Te hace el amor—la dije.

—No—respondió ella—; yo no quiero a nadie más que a vosotros. Me gustan vuestros cabellos largos y vuestras corbatas, me gusta en vosotros el que seáis mal educados y que no tengáis nunca dinero...



El amigo: —¿Sigues escribiendo poemas para los periódicos?

El poeta: —Sí; sigo escribiéndolos; pero me he comprado una papetera para echarlos yo mismo.

(De London Opinion.)

Un buen día decidí ir a verla y pedirla con más energía que diese una respuesta a mi amor. Llamé a su puerta. Nadie acudió a abrir. La portera me dijo en voz baja:

—No se puede entrar. A estas horas su amigo está siempre con ella.

—¿Su amigo? ¿Luego tiene un amigo?

—¡Naturalmente! Hace ya un año.

—¿Quién es?

—Un empleado de un Banco. Se llama Turóczy.

A punto estuve de desplomarme contra la pared. Quería preguntar qué Turóczy, cuando salió. Era mi Turóczy, el elegante.

No pasó mucho tiempo sin que abandonara la vida bohemia. Entre nosotros no es una institución ni una casta, como en París, sino más bien una enfermedad de la infancia. Por lo general, entre nosotros se cura uno pronto de ella. Pronto me volví serio, continué mis estudios, dejé la poesía y entré en el despacho de abogado de mi hermano. Me vi transformado en un hombre elegante. Aparté de mí el sombrero de alas anchas y la corbata, me vestí como el resto de mis colegas, llevando el cuello doble, la corbata elegante y una chistera. Cuidé de mi ropa blanca y de mis maneras. Mi cuñada tuvo mucho que hacer hasta que me deshabituó a la jerga de la bohemia. Me curé de la enfermedad de llamar a la doncella «mi vieja»; a la cocinera, «mi ángel», y al mozo de cuerda, «mi padre». Ya no preguntaba al camarero: «¿Tengo una carta, querido maestro?» Me acostaba antes de me-

día noche, y a las nueve de la mañana ya estaba en la Audiencia.

Comenzaba a frecuentar la buena sociedad, y aquello sentaba muy bien a mi corazón, habituado a los *cabarets*, a los *cafés concerts* y a los *music-halls*.

Al fin pensé en que tendría que casarme..., y me enamoré de una muchacha. Su padre era hombre opulento, alto empleado en un Ministerio. Su hija era el tipo de la muchacha fina, amable y sin importancia. La habían educado mimándola mucho; sin embargo, era un ser encantador, una verdadera princesita. Su hablar era serio y silencioso. Era la pureza personificada.

Mi asunto marchaba bien. La muchacha gustaba de mi compañía, y



ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



decía que me consideraba un hombre serio con el que es agradable hablar y a quien cualquier padre podría confiar su hija.

Un día, patinando, la muchacha me dijo que había conocido en casa de una amiga a un joven llamado Turóczy, que había comenzado a hacerla la corte. Sonreí, diciendo para mí: «Esta vez será yo el que te derrote, ¡oh Turóczy!, pues en este ambiente dan poca importancia a tus puños limpios, y no tienes otra cosa para imponerte.»

—Es un joven encantador.

Yo estaba asombrado.

—Le conozco—la dije—, y estoy asombrado de que haya podido hacerse a usted simpático. Lo considero un hombre sin importancia, cuya personalidad se reduce a sus buenas maneras frívolas, de última moda.

La muchacha me miró:

—Entonces no es él.

—Andrés Turóczy.

—Sí.

—Empleado de Banco.

—Sí.

—Moreno, recortado el bigote...

Especialista agradecido

El afamado ortopédico de Barcelona Don A. G. Raymond, considera que es su deber dar a conocer a las personas canosas la siguiente receta cuya preparación se hace de modo muy sencillo en su casa.

«En un frasco de 250 grs. se echan 50 grs. de agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una calita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción, que ennegrece los cabellos canosos o descoloridos volviéndolos suaves y brillantes, pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No fíe el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

—Sí, sí.

—No cabe duda, es él.

La muchacha dijo:

—Pero no es un hombre frívolo, es un hombre muy original.

—Está mal educado, es grosero, habla en tono de broma, no toma nada en serio, a la doncella la llama «Mi padre», y al despedirse me dijo: «¡Que tenga usted buenas costumbres!»

No volvía de mi asombro.

—Sí—dijo ella—; tiene muchas cualidades malas; pero, de todos modos, es algo distinto a los demás, algo extraño. Lleva una gran corbata, es desordenado, pero es interesante y genial...

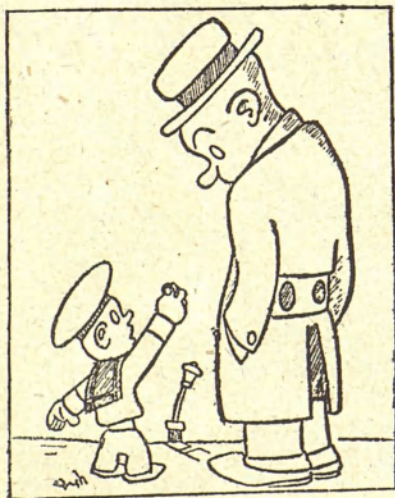
—¿Turóczy?

—Sí.

Entonces comencé a comprender la significación de las cosas. También allí Turóczy tenía suerte con las mujeres, en aquel ambiente burgués. Turóczy representaba la bohemia. Miré a la muchacha. Brillaban los ojos al hablar de Turóczy.

Con su mirada, con el temblor de su voz, defendía ya a Turóczy contra la sociedad burguesa; estaba ya a su lado. Por él hubiera afrontado al mundo entero; se sentía ya una heroína: le amaba... Y no estaba equivocado. Encontraba en él todo cuanto para ella era nuevo. Se había enamorado de él y llegó a ser su mujer. Ahora habla con desprecio de la sociedad burguesa y vive con el empleado de Banca como Mimi con Rodolfo. Comen en los restaurantes modestos y los domingos salen al campo. Son felices, y Turóczy escribe poesías en una revista modesta. ¡Así es la vida y ese es mi caso, o, mejor dicho, el de Turóczy! Saca de él las consecuencias que te plazca.

—¡Dombóvar!—gritó el conductor del tren.



—¿Quieres cambiarme estos diez céntimos, tío?

—¡Sí, rico! ¿Cómo quieres que te los cambie?

—Por una peseta.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

L. S. A. (Madrid).—¿Otro golpe al sindicato barcelonés?... ¡Quíá, hombre, en esta casa no queremos meternos en discusiones con Pestaña!... Entiéndase usted con él directamente y ganaremos todos; en primer lugar, nosotros... Que es lo que principalmente nos importa.

S. B. C. (Murcia).—Agradecemos sus elogios, de todo corazón. Sus versos ya no los agradecemos tanto. Pero si se conforma usted con la gratitud primera, nos consideraremos plenamente felices, y es fácil que olvidemos lo otro. ¡Que tiene mucho que olvidar, no crea usted!...

V. G. R. (León).—Que usted es un bruto formidable, es cosa que no podía escapar a nuestra penetración de psicólogos; pero ¿qué necesidad tenía usted de exponerse a que los lectores de BUEN HUMOR hicieran la misma y lamentable observación?

L. C. (Madrid).
Que a usted aquí se le estima, hartó lo hemos demostrado. Y aunque se ve que usted rima con afán exagerado por lograr la perfección y alcanzar nombre famoso, con su «Coloquio amoroso» le ha fallado la intención.

T. R. C. (Madrid).—¿De forma que son veintidós veces las que le hemos mandado a usted a «Cestona»? ¡Pues deploramos infinitamente el tener que decirle que con ésta son veintitrés!

E. S. M. (Santander).
Su cuento «El nuevo contable» es un plagio intolerable.

A. S. B. (Badajoz).—La literatura gorrina, estamos cansados de decir, extremeño colega, que no tiene lugar adecuado en las columnas de este sensacional semanario.

C. F. S. (Huesca).—¿De modo que la belleza de su novia es palpable para usted? ¡Qué suerte más enorme la de palpar ciertas cosas!... ¡Y qué proterva intención la de conártanos a nosotros, para que nos arranquemos los pelos de envidia!...

Moncho (San Sebastián).
Leí los versos de Moncho dedicados a «La concha», y dije al leerlos: «¡Concho!...», porque es que levantan roncha. Y ¡claro!, no hay manera de publicarlos, ni con permiso de la autoridad competente.

B. P. J. (Madrid).—Pero, hombre, ¿en qué está usted pensando?... ¿Una quisicosa, titulada «El rey del mundo», en estos tiempos de República en que todo el mundo reniega del rey?... Pues sí que demuestra usted interés por proporcionarnos un éxito!...

Alcibiades de Basurto (Bilbao).—Es de una falta de sentido común que apabulla el cráneo.

M. S. G. (Barcelona).—Las alusiones políticas, hechas tan en serio como usted las hace, nos dan dolor de barriga casi siempre. ¡Es un dolor... un dolor de barriga, ya lo hemos dicho...! pero el caso es que nos da, y no hay manera de evitarlo!...

L. M. P. (Valladolid).—Hasta cierto punto resulta oportuna la alusión que hace usted a los populares versos de Cervantes:

«...no rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde.»
Porque, por doloroso contraste, el que ha rebuznado en balde es usted.

Serrano (Málaga).
Sus «chinitas al verano», dicho sea con franqueza, son una sandez, Serrano, de los pies a la cabeza.

Pepe (Valencia).—Parece mentira que en la tierra de Blasco Ibáñez se produzcan melones como este Pepe que inopinadamente se nos ha colado por las puertas.

P. L. G. (Tarragona).—Si todos los regalos que recibimos en esta casa fuesen como «El regalo» que usted acaba de remitirnos por correo urgente, era cosa de que fuéramos pensando en la manera más confortable de suicidarnos todos, para no soportar más desengaños de tan terrible crueldad.

Facundo (Oviedo).
Las cuartillas de Facundo se aproximan a lo inmundito.

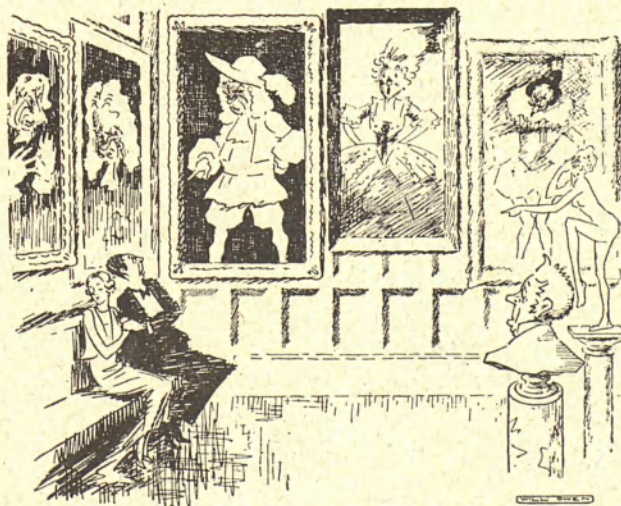
D. R. H. (Madrid).—Su dibujo, además de ser calamitoso, viene acompañado de un borrón que, si lo echa usted sobre la reputación de una vecina, la hace usted la cusca para toda la vida.

Ramona (Gijón).
Encantadora Ramona: por respeto a su persona (que considero bellísima), el enviar a Cestona a una muchacha tan mona, me está haciendo la santísima. Pero, hija de mi alma, no hay otro remedio. Me consuela pensar que la culpa no es mía.

J. P. L. (Madrid).—¡Pero, hombre!... ¿Quién se acuerda ya, en estos tiempos, de las estocadas del «Regaterín» y del fuego del Teatro Eldorado?... ¡Si en todas las cosas de la vida tiene usted la misma oportunidad, le auguro unos negocios verdaderamente pésimos!...

F. A. R. (Cuenca).—En su artículo hace usted constar, repetidas veces, lo aburrida que es Cuenca. No sé si tendrá usted razón. Lo único de que respondo es de lo aburrido que es su artículo.

E. S. B. (Lérida).—Podía tener gracia, pero no la tiene. Y por esa leve futesa, resulta que podía haber sido aceptado, pero no lo ha sido. ¡Qué lo vamos a hacer! ¡Paciencia!



El muchacho que va a besar a su novia en el museo.
(De Jude.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

BUEN TACTO

En una reunión decía un aragonés:

—En Utebo había un ciego que por el tacto conocía el color de las caballerías. Ponía la mano encima del animal y enseguida decía: «ésta es negra, esta otra es baya, esta otra mo-jinegra», y así sucesivamente.

Y un andaluz que le escuchaba le preguntó:

—¿Y acertaba siempre?

A lo que el baturro le contestó:

—¡Nunca, ni por «casualidad»!
José Alonso.

—¿Cuál es la caraba de un fondista?

—Dejar comer con el sombrero puesto, para que haya más cubiertos.

Juanduarte y Esteban Gómez.

El periodista.—¿Y a qué atribuye usted el haber vivido tanto tiempo?...?

El anciano.—A que nací antes que se inventaran los microbios...

Benjamín López (Madrid).

VERDAD QUE CONVINCE

Se encuentran en un paseo dos militares, uno bastante alto y el otro de una estatura más bien baja; entablan conversa-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

El editor: —Este libro no está mal escrito, pero yo sólo tomo obras de autores de nombre muy conocido.

El autor: —Perfectamente; mi nombre es Rodríguez.

PAPUS. Vitoria.

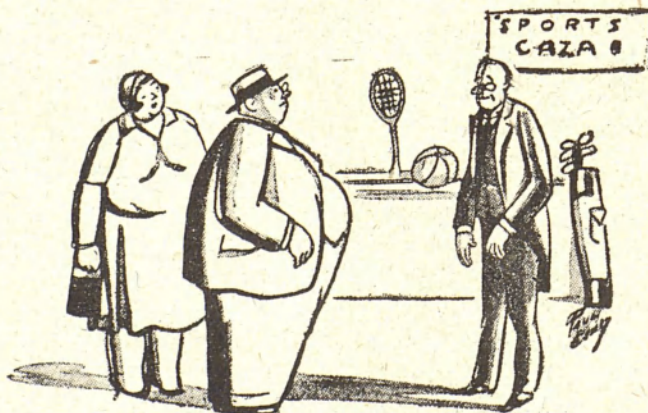
ción—que, como es natural, versa sobre las reformas—, y al preguntarle si él (por el bajito) no pide el retiro, le contesta éste:

—Hombre, te diré por qué no lo pido. Yo hice la carrera porque me gustaba el ser militar, y ya sabes que sólo llevo cinco años desde que salí de la

Academia, que soy oficial y eso contando que me han sumado uno y medio de abono de campaña.

—Pues te voy a decir una cosa, y es que, con año y medio de abono, ya es para que hubieses crecido un poquito más.

Kan-dela-Rhio (Burgos).



—¿Qué desean los señores?

—Que nos tomen la medida para una tienda de campaña.

(De Everybody's.)

LA RESPUESTA DE PEPÍN

Preguntó el maestro a Pepín, que de listo es campeón.

—Dale vueltas al magín y dí qué es camaleón.

El muchacho está azorado porque no da pie con bola, y se ha puesto colorado, lo mismo que una amapola.

El profesor le replica viendo que nada contesta; de pronto, el chico lo explica y el maestro le amonesta.

—Camaleón...—dijo al vuelo— es un animal de fama que nunca durmió en el suelo porque siempre tuvo cama.

León Cembrano (Madrid).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS ECONÓMICOS, CON AIRE ESPECIAL PERFUMADO.

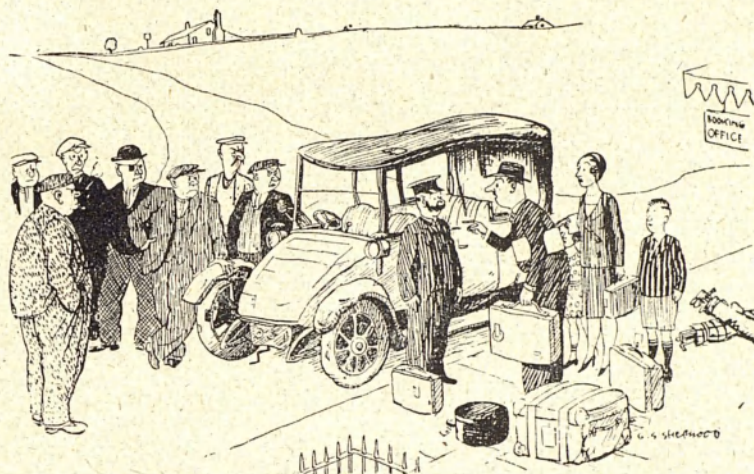
RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

Un individuo de estos que, a pesar de tener buenos andares, tienen algún tropezón en el pronunciamiento de ciertas palabras (que es a veces mortificante), entra en un comercio a por una camisa de popelín, y claro (como siempre), un dependiente muy activo, sin dejarle terminar, le sacó en seguida un equipo de «dirt-track» con una bocina.

Es que dijo: Una camisa de po-po..., de po-pó, y no le dejó terminar de pronunciar el po-po...pelín.

Suiresoj Suerc (Madrid).



El viajero: —¿Qué hacen todos esos tipos alrededor de su coche?

El chauffeur: —Nada; que como el pobre ya está algo viejo, le siguen, porque cuando se para les suelen mandar que lleven las maletas.

(De The Passing Show.)

—¿Cuáles son las personas que tienen mejor puntería?

—¡...!

—Pues los panaderos, porque siempre hacen: pan, blanco; pan, blanco...

Llorente (Sta. Cruz Tenerife).

—¿Has visto qué fichas tiene el Madrid F. C.? Todas son ases.

—Tendría poca gracia que con esa partida no domine este año.

V. Yoldi (a) Cucufate (Pamplona).

—¿Dónde vas tan de prisa?

—Voy a ver si puedo evitar un duelo entre dos hombres casados.

—Tienes ideas muy humanitarias. ¿Quiénes son esos hombres?

—Uno de ellos soy yo.

Teresita. Madrid.

La criada (asustada).—¡Señor, señor; hay un hombre a la puerta que dice que va a cometer un suicidio o asesinato!

CUPON

Correspondiente al núm. 505 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

nato si no recibe dinero inmediatamente!

El dueño de la casa (judío). Pregúntale precisamente lo que quiere decir, y si te dice «asesinato», dale esta peseta.

Pedro Grullo. Stratford-on-Avon (Inglaterra).

ENTRE MILITARES

—Pues yo he pedido el «retiro».

—¿Y qué te han dicho?

—¡Que si no me conformo con un pedacito de la Castellana!

J. L. M. (Gijón).

BARCELONA HOTEL BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda clase
de servicios
Pensión desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

PENSION FRASCATI

Cortes. 647
Teléfono 11642

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros.
Trato esmerado. Baños, ascensor, Pensión desde Ptas. 12'50.
Cubiertos Ptas. 3'50.

En una tertulia taurina se lamentaba un ganadero de que, si venía el reparto de tierras, afectaría en mucho a las dehesas, cuando un torero le contestó:

—¡Habrás visto de qué se queja, cuando a nosotros, pobres peones, todos los días nos comen los toros el terreno!

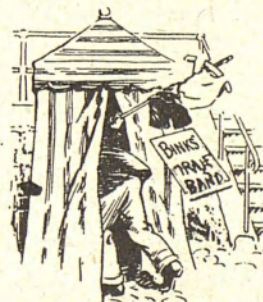
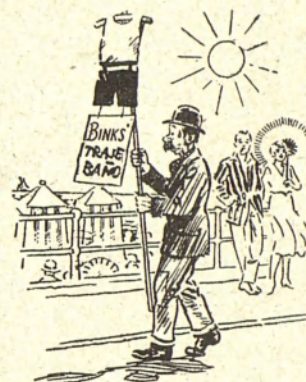
V. Yoldi (a) Cucufate (Pamplona).

Hállase muy atareado en su despacho el mayordomo de los vizcondes de Ahívaeso, cuando penetra a interrumpirle una de sus hijas, con la siguiente pregunta.

—Di, papá, voy a la peluquería. ¿Me dejo el pelo corto? A lo que, indignado, le contestó el padre:

—¡Largo!... ¡¡Largo!!...

J. Delgado (Ribadesella).



El hombre que anuncia trajes de baño tiene calor.

(De The Humorist.)

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

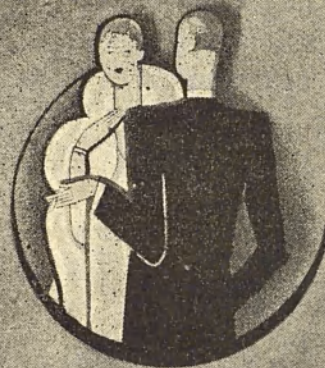
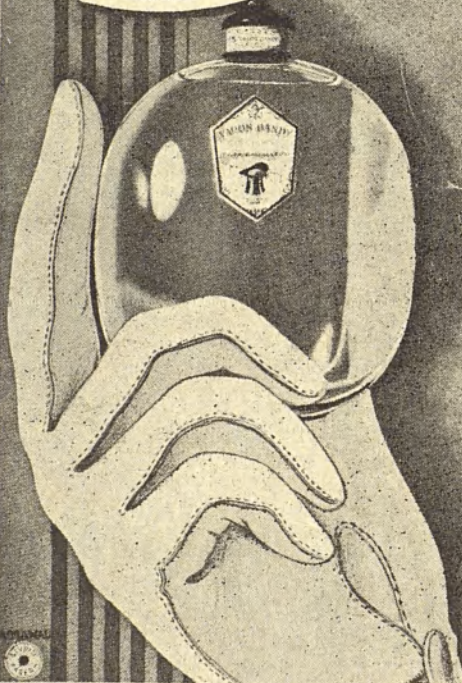
LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



—Eso no es verdad.
—Pero si no he dicho nada.
—Bueno ; pero lo va usted a decir.

VARON — — DANDY

AGUA COLONIA



TENER SIEMPRE A MANO

un frasco del Perfume VARON DANDY, es poseer el elixir milagroso, a cuya rara fragancia se abren de par en par las puertas de la Elegancia, del Buen Tono, de la Distinción y de la Supremacía Masculina, para el hombre moderno que en sociedad hace de VARON DANDY su perfume indispensable.

Perfumeria Parera

BADALONA

Anís BUEN HUMOR



MARCA REGISTRADA

CANAS BRILLANTINA INDIA

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. — Calle Muñoz Torrero, 6. — MADRID

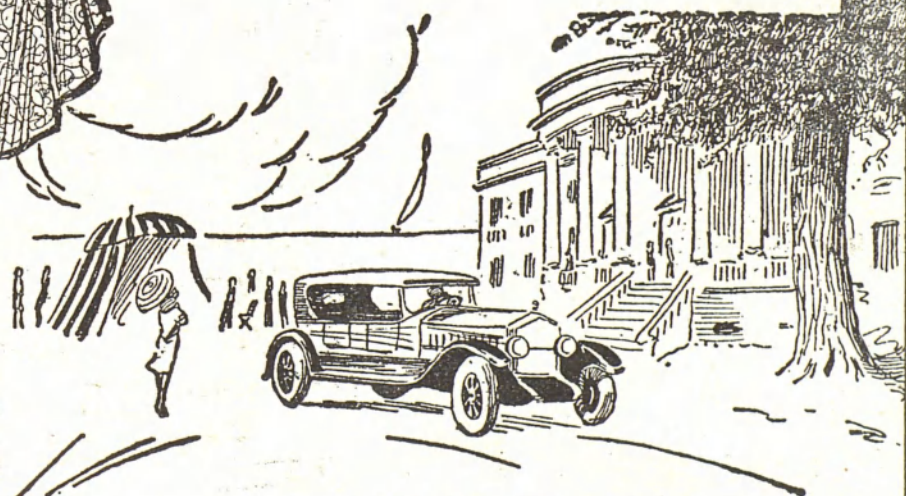


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE «LIDA», PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADORA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

BUEN HUMOR



—¡Resignación, señor Ulpiano! ¡Calma y serenidad!

—¿Qué pasa?

—Su señora está, desde ayer, en el Depósito.

—Hablando con alguna, como si lo viera.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. AREUGER. Madrid.